

Mario D. Ríos Gastelú: (*)

Erotismo, sensualidad y pornografía

La desnudez en el arte exige una comprensión inteligente, como también sincera en la evaluación final. Alejada de prejuicios y de falsa moral, tal requerimiento es válido para todas las personas que admiran un cuadro, aprecian un libro o valoran una obra musical

El hilo dental incluido en el vestuario de la mujer abrió interrogantes destinados a la sensualidad, el erotismo y a la pornografía en la moda femenina. Según el criterio de la persona que observa el novedoso vestir de la mujer, aquellos calificativos también motivan equivocadas interpretaciones, pues la sensación experimentada no siempre se relaciona con el verdadero sentido de la palabra destinada a dicha modalidad en la vestimenta.

Para cierta gente, el hilo dental es la desnudez de la mujer. Para otra, una provocación erótica. No falta quien afirme que se trata de una moda pomográfica. Pero nadie observa con indiferencia aquella prenda ya no íntima, sino pública, porque la televisión, en particular, difunde el verano en las playas de Acapulco, Punta del Este o Mar del Plata, para citar algunas, en las cuales los trajes de baño cubren espacios mínimos del cuerpo femenino. También en las presentaciones musicales populares, las cantantes y bailarinas lucen el atrevido diseño de los tiempos actuales. Calificar aquello de pomografía no es precisamente lo correcto, porque cada palabra tiene su lugar y significado.

Tanto la pomografía como el erotismo se originan en la sensualidad, por ser ésta consecuencia de las sensaciones de los sentidos, provocadas por una vestimenta, una pintura, una melodía o una relación íntima observada en la vida animal.

El ser humano se comporta de acuerdo a la reacción sensitiva experimentada en determinado momento, la que puede derivar en sensualidad. Si lo sensitivo se expresa en relación a los sentidos corporales, lo sensual se refiere a la sensibilidad interior de la persona. Lo sensitivo, entonces, es una reacción motivada por cualquier contingencia. Lo sensual incluye, además, el sentimiento que diferencia al ser humano de los animales. Estos tienen sensaciones, pero carecen de sentimientos. Se conducen por una sensibilidad orgánica y no por un sentimiento espiritual, pues no están dotados de razonamiento.

Según el diccionario Roque Barcia, lo sensitivo es una facultad. Es naturaleza. Corresponde a la ciencia. Lo sensual es deleite. Es vicio. Toca a la moral. De lo sensitivo no respondemos, Dios nos lo ha dado. De lo sensual nos piden cuentas la religión, las costumbres, el mundo. Lo sensitivo es organización. Lo sensual es concupiscencia.

El erotismo se refiere al amor sensual, pues motiva el deleite en quienes lo sienten. Es diferente al amor filial o el fraternal, como ejemplos, porque en esos casos la motivación es un sentimiento de pureza y respeto.

En lo referente a la pornografía el diccionario enciclopédico dice: Pomo significa obscenidad. Viene de pome igual a prostituta. Carácter obsceno de obras literarias o artísticas.

Dada esa terminología, resulta riesgoso tomarse la libertad de calificar de obscena a determinada pintura, por ejemplo, por el solo hecho de mostrar la desnudez humana. Calificar de pomográfica una canción o una forma de vestir es rebasar el concepto de sensualidad que sí puede encender erotismo en las personas. Por tanto, aquellas sensaciones originadas por una pintura, una pareja de bailarines o una melodía impregnada de sensualismo no tienen relación alguna con la pornografía.

¿Novedad a la luz del día?

Las bailarinas y bañistas de nuestro tiempo, seguras de vivir y experimentar las sensaciones del siglo XXI, muestran la semidesnudez de sus cuerpos bellamente diseñados por la naturaleza. Su orgullo tiende a un comportamiento inusual transmitido por los diseñadores de la moda quienes, a no dudar, no pasaron por alto la moda que lucieron y que tal vez aún lucen, los grupos tribales africanos, que vienen a ser los pioneros del uso de hilos dentales y las minúsculas tangas delanteras.

Por supuesto que los historiadores del buen vestir no calificaron de sensual, y menos de pomográficos, aquellos trajes primigenios, citándolos solamente de salvajes.

Entre lo primigenio y lo actual, no pasa desapercibida una etapa intermedia referida a la moda europea de comienzos del siglo XIX, que dejó perpleja a la clase de hace más de cien años, cuando las damas de la Bella Época parisina comenzaron a lucir sus tobillos, motivando sensaciones eróticas en los caballeros que concurrían a los salones de la alta sociedad.

Transcurrida más de una centuria desde aquellos cambios en la aristocracia europea, la memoria recuerda a los intelectuales de las noches de bohemia. También las sedas, encajes, plumas y sombreros en el vestir femenino. Se sumó a ese movimiento la música bailable de los grandes salones, donde los compases 2° 3 permitían el contacto físico de la pareja al ritmo del vals. El arte pictórico había pasado a un plano inferior y sólo el "atreimiento" de



ciertos artistas que pintaban mujeres desnudas merecía la atención de los varones que ya habían olvidado el buen comportamiento de la sociedad del siglo anterior.

La Europa el año 1900 inauguraba un sentimiento de sensualidad en la sociedad que vio, con cierto recelo, el que las damas lucieran algo más que sus tobillos. Primer avance hacia el erotismo colectivo, sumándose los espectáculos destinados al mundo masculino en los centros nocturnos, donde se lucía la ropa interior de las mujeres, la que dejaban al descubierto las piernas, de las rodillas hasta abajo o desde el tobillo hacia arriba, pero introducidas en medias gruesas. Era común ese vestir en las figuras estelares de las bailarinas del can-can, imágenes inspiradoras del inolvidable y aristocrático pintor Henri Marie Toulouse de Lautrec Monla, autor de los carteles eróticos de los bares de entonces. Si en el París de comienzos del siglo XX las damas mostraban discretamente el nacimiento de sus piernas, las damas del siglo XXI lucen a plenitud sus cuerpos semidesnudos, pues ya no requieren de diez metros de tela para confeccionar un vestido; hoy sólo necesitan de media vara de tela destinada a una falda. Lo evidente es que toda moda femenina (y en cierto modo masculina) ha sido destinada a la sensualidad femenina.

El desnudo en el arte

La desnudez en el arte exige una comprensión inteligente, como también sincera en la evaluación final. Alejada de prejuicios y de falsa moral. Tal requerimiento es válido para todas las personas que admiran un cuadro, aprecian un libro o valoran una obra musical. En efecto, tanto en la pintura, como en la música y la literatura, el desnudo muestra los grandes prodigios de la naturaleza. Si la figura estática de una pintura expone todo el atractivo del cuerpo humano, en la danza, el lucimiento de formas corporales artísticamente presentados también cautiva, inclusive cuando las parejas actúan desnudas. Por su parte, las obras literarias, dotadas de claros conceptos y oraciones, desnudan a sus personajes en escenas eróticas relatadas con tal escrupulo, que no caen en la aberración de la pomografía. Lo mismo ocurre con las obras musicales cuyos sonidos dan lugar a imágenes intuitivas propensas a motivar una visión interior muy particular. En las tres expresiones culturales lo que prima es el talento destinado a exaltar la perfección del ser humano.

La Pintura

El arte es un cometido trascendente al que se puede dar muchos calificativos, inclusive el de belleza, cuando la obra llega a la perfección. Tratándose de la pintura, quienes observan un cuadro sensibilizan los sentidos, de tal manera que, con la percepción, las imágenes perecederas llegan a ser impercederas, sea por la trascendencia que tiene determinada figura, o por la relevan-

cia que le dio el artista. Pero todo aquello no queda sólo en una referencia ilustrativa o en una simple curiosidad, ya sea grata o ingrata. Lo que valora una obra artística es el momento en que la persona que contempla el cuadro sensibiliza su espíritu y agudiza su entendimiento, de tal manera que se crea un diálogo silencioso entre pintura y observador. Es el momento en el cual aquella sensibilidad define el carácter de la imagen, ubicándola en el lugar correcto destinado a ser calificada de erótica, decorativa o mezquinamente fotográfica, sin que ello deje de lado la sensualidad o el erotismo.

Una personalidad de las artes plásticas, Leonor Fine, citada por el escritor Emir Rodríguez Monegal (revista Mundo Nuevo), afirma: "Toda la pintura es erótica". La apreciación de Fine aparentemente resulta exagerada, pero en un diálogo publicado en la misma revista, la artista aclara: "Ese erotismo puede estar en la forma con que se pinta un ropaje, en el diseño de una mano, en un pliegue". La observación permite reencuentros con pinturas muy divulgadas, sean de autoría de maestros europeos, o también de artistas bolivianos.

Ilustramos la tapa de nuestra revista, y de estas páginas, con pinturas de Remmy Daza, el artista que a través de los años nos dio la oportunidad de penetrar en el mundo creativo de su arte, en el cual valoramos la delicadeza de las imágenes: mujeres que lucen la belleza del cuerpo humano, admirado desde el sutil velo que lo cubre, o la posición que toman las figuras; transmitiendo una sana sensualidad que, sin duda, llevan su carga de erotismo.

Otros artistas nacionales, como María Esther Ballivián, Raúl Lara, Ejlí Stih y Gustavo del Río, citando algunos, también tienen una serie de desnudos y semidesnudos que son referencias de la sensualidad femenina llevada a los lincos u otros materiales, con la seguridad de aportar al arte lo bello de la creación humana.

En otra dimensión de las artes plásticas, surgen los nombres de Vaia Carvalho, Erika Ewel, Alejandra Andrade, entre otras, cuyas obras dieron lugar a polémicos comentarios, sin embargo, en el caso de las tres artistas, la producción tiene que ser observada, como dije antes, con mucha inteligencia y razonamiento. Un pensamiento sexual es más pomográfico que una pintura sensual. La persona que libremente estima a una obra de arte como "pomográfica", probablemente lleva en la mente la obscenidad de sus ideas, antes de fijar su entendimiento en las formas en que fueron creadas las pinturas, esculturas o fotografías, todas artísticas, según sea el caso.

Los trabajos fotográficos de Andrade y Carvalho son claros ejemplos de mentes creadoras y desinhibidas, cuya meta es la de mostrar a la sociedad de nuestro tiempo la realidad de un mundo distante a los que se vivieron en centurias pasadas, caracterizadas más por la hipocresía que por la moral. Se suma a ello el que dichas artistas encontraron recursos técnicos destinados a lograr fotografías de alto nivel artístico que, de hecho, atenúan cualquier impresión negativa relativa al sexo.

Desde la primera exposición de las obras presentadas por Vaia Carvalho en La Paz, la mujer ha sido tema casi obligado, y no sólo como un desnudo tomado de modelos o imágenes de estereotipos, sino que su arte fue más allá de lo esperado, en otras muestras en las que revelaba los tormentos íntimos del mundo femenino. Todo aquello creado sin propósitos velados, responde a manifestar realidades que jamás habían sido llevadas a una exposición de arte plástico.

En las fotografías de Ewel, el desnudo está centrado en las regiones más íntimas de la mujer, sin que ello signifique impudicia alguna ni deshumanización del arte. Lamentablemente, en los últimos años del siglo XX hubo críticas desmedidas dirigidas a Ewel y a Carvalho, olvidando que la palabra emocionada y galante estimula más que la supuesta y mal entendida "grosería". Un semidesnudo es más erótico que un desnudo. La mirada a través de un particular cristal es la que concibe razonamientos lejanos del propósito de los artistas.

(*) Escritor, poeta y crítico de arte. Oruro. El texto está incluido en la revista "Libre expresión" publicada por la Asociación de Periodistas La Paz.